

El Regalo de la Fraternidad

Moderador General

El sufrimiento de tanta miseria y la experiencia de nuestra incapacidad para acabar con ella nos abren a Dios y nos vinculan en comunidad de hermanos. (Credo Adsis)

En el contexto de nuestro mundo, que clama a gritos por un modo nuevo de relacionarnos los seres humanos, y aprovechando que estamos viviendo la X Asamblea General Adsis, centrada en el proceso “hacia una nueva forma de vivir la comunidad”, he dedicado la carta Adsis de este año a la fraternidad. Así, deseo resaltar y agradecer uno de los aspectos centrales del carisma Adsis, un regalo que recibimos de Dios para construir y significar que otras relaciones y otro mundo es posible.

1.- Profundo anhelo humano

¿Cuál es el anhelo, el deseo más profundo del corazón humano? ¿No es acaso tener relaciones profundas, cercanas, entrañables, donde las personas puedan ser ellas mismas; donde compartir sus búsquedas, penas y alegrías; donde sentir y experimentar el amor, la comprensión, el perdón y la amistad sincera?

¿No es acaso lo que más nos hace sufrir, el hecho de padecer relaciones instrumentales, donde se nos trata como objetos, se nos utiliza en función de intereses torcidos, donde no contamos como

personas? Nuestras mayores decepciones suelen venir del fracaso en las relaciones de amistad y de confianza. Al contrario, una de las cosas que más agradecemos son los vínculos y las relaciones gratuitas, allí donde se nos aprecia y se nos quiere como somos, sin necesidad de demostrar nada, sin que tengamos que ganarnos la estima y el reconocimiento de los demás.

El corazón de toda persona guarda en su interior el deseo de una vida plena, de la que forma parte un profundo anhelo de fraternidad. Por ello, la conciencia de esta dimensión relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera.

Sin embargo, *las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del “descarte”, que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados “inútiles”¹.*

Por el contrario, una de las mayores experiencias de plenitud humana la experimentamos cuando

1 PAPA FRANCISCO, en la Jornada mundial por la paz, 2014



se da una verdadera comunicación, cuando podemos compartir la vida en profundidad y libertad, en un ambiente de respeto y valoración; cuando, al sentirnos reconocidos, ponemos en común nuestra vida, sabiendo que somos muy diferentes. Por eso, cuando la vida nos da ese regalo, hay que aprender a valorarla no como un mérito o conquista propia, sino como la más profunda *experiencia de gratuidad*. Un regalo que nos impulsa a dar más y nos abre hacia aquellos (tantísimos y tantísimas) a los que la vida niega un poco de cariño.

La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

2.- Un regalo para la humanidad

A ese profundo anhelo fraterno, Jesús de Nazaret responde de un modo único, rompiendo todos los moldes e inaugurando un nuevo modo de amar. Quienes se encuentran con Él y con su manera de relacionarse y de tratar a las personas, tienen la experiencia de haber descubierto un verdadero tesoro escondido. Es tanta la alegría, que cambian radicalmente sus prioridades (Cfr Mt 13, 44-46).

Jesús va invitando a personas muy diferentes a una fraternidad entrañable, caracterizada por unas relaciones horizontales donde todos son considerados hermanos y hermanas: *“no os hagáis llamar maestros, ni padres, ni jefes, pues todos vosotros sois hermanos. El mayor de vosotros, que se haga servidor de los demás* (Mt 23, 8 ss). Jesús llama a vivir una fraternidad abierta, no cerrada y preocupada de sí misma; destinada a multiplicar un estilo de compartir que sacia las necesidades y anhelos de la gente: *¡Denles de comer!* (Cfr. Jn 6, 1-12).

Con su modo de tratar a las personas, Jesús va generando vínculos muy profundos con los más cercanos, comparte su mayor intimidad con ellos, los une a su misión y les hace partícipes de su alegría para que sean plenamente felices (Jn 15, 11ss). Y a su vez, se relaciona con las personas más rechazadas y excluidas, los publicanos y pecadores, con quienes comparte comidas (Mc 2, 16) y les manifiesta su deseo de recuperarlas para la fraternidad. De esa manera va formando una fraternidad que va más allá de vínculos familiares y de afinidades de cualquier tipo, basada en la búsqueda co-

mún de la justicia y en la voluntad de llevarla a la práctica según el deseo de su Padre (Mc 3, 31-35).

Además, conoce la torpeza y la limitación de la condición humana, y por eso ayuda a los suyos a purificar sus relaciones de ambiciones personales cuando buscan los primeros puestos: *“quien quiera ser el primero que se haga el servidor de todos”* (Mc 10, 35-45); les ayuda a superar inmadureces y egoísmos cuando discuten entre ellos (*“discutían entre sí porque no tenían pan”* Mc 8, 16); les hace salir de su incapacidad para comunicarse (Mc 7, 31-37); y les libera de imágenes falsas (Pedro reprende a Jesús, ante el anuncio de Pasión en Mc 8, 32).

En un mundo dividido, lleno de profundas desigualdades, donde no hay posibilidad de reconciliación entre los diversos grupos y pueblos vecinos, Jesús dará un paso definitivo venciendo el odio y la muerte en la cruz y resucitando; así fundará una fraternidad universal en la que sea posible la unidad, respetando las diferencias, y donde sólo habrá una ley sagrada: *“amaos los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 15, 12). Una fraternidad que bebe y renace continuamente de la fuente inagotable del amor de Dios.

3.- Adsis, un estilo de fraternidad

La fraternidad impulsada por Jesús ha tenido muchas y ricas expresiones en la Iglesia a lo largo de su historia. Adsis ha sido una de ellas, una forma de vida que consideramos verdadero regalo, que viene de Dios y no de nuestra iniciativa. José Luis Pérez, nuestro fundador, lo expresaba en el título de uno de sus libros, *Dios me dio hermanos*, y de esa manera reflejaba una de las experiencias más gozosas de su vida. De igual modo, quienes vivimos en comunidad sentimos que ese don permanente suscita un agradecimiento y un deseo de cuidarlo y ofrecerlo como verdadero misterio de la presencia de Dios en este mundo. Así lo formulamos en uno de nuestros documentos de identidad: *la misión que especifica la vocación Adsis se traduce en un compromiso de fermento, que es ante todo un «estilo de vida» y de fraternidad* (IdH 3.2).

Un hecho que motivó a muchos a acercarse a la comunidad fue descubrir una fraternidad presente y servicial: ver cómo se querían, compartían y se entregaban, siendo tan distintos unos de otros. En nuestras comunidades, donde hay matrimo-

nios y célibes, presbíteros y laicos, y donde tenemos distintas responsabilidades y servicios en la comunión y en la misión, la condición común y radical es ser hermanos y hermanas. Lo que nos une más profundamente es considerarnos parte de una misma fraternidad, donde nadie es más importante que nadie, y donde todos y todas somos igualmente hermanos, llamados a crecer en un amor responsable, fecundo y gozoso.

Somos conscientes de que el origen y el fundamento de la fraternidad Adsis es Jesús; y de que *al recibir, acoger y celebrar su misma vida, la comunidad es constituida Cuerpo de Cristo en la historia* (IdH 15). Por eso, interiorizar su Palabra, alimentarnos de su entrega en la Eucaristía y compartir la vida de muchos jóvenes y pobres, nos hace ser fraternidad bienaventurada, que camina y lucha al lado de quienes buscan relaciones auténticas.

La fraternidad Adsis está ligada a muchas personas, jóvenes y empobrecidos, que nos invitan a vivir un amor gratuito y comprometido, abierto y universal, en permanente aprendizaje evangélico. Personas cercanas que nos hacen conscientes de que, sin una referencia más trascendente y sin compromiso por un mundo más justo se contamina la fraternidad.

Las relaciones fraternas que procuramos establecer se caracterizan por algunas actitudes:

- *Acoger* en todo instante y situación, en el corazón y en los gestos, sin condiciones y sin complicidades; acoger especialmente a los más débiles y a los más jóvenes.
- *Escuchar* siempre, anteponer la palabra del otro a la mía; cuando se alegra conmigo o se desahoga, cuando me corrige o me estimula, cuando se queja o se aleja; con el corazón sin juzgarle, buscando siempre el mayor amor con que he de responderle.
- *Aceptar* a cada hermano y a cada hermana como regalo que Dios me da para amarle antes que para cambiarle, lo cual requiere tolerancia y paciencia, así como no dejarse llevar por simpatías o afinidades, sino por la referencia a Jesús.
- *Perdonar*, sabiendo que el perdón no es humillante sino fuente de encuentro y de alegría. Perdonar con las entrañas y con los ges-

tos y palabras, experimentando el gozo de la misericordia del Padre. Perdonar para recuperar la cercanía.

- *Ayudar y servir* sin pasar factura ni pretender atenciones sobreañadidas. Servir como tarea suprema y máxima aspiración, propia de hijos y hermanos que tienen un mismo Padre.

4.- Optar por la fraternidad

La fraternidad, que tiene origen en Dios y en las relaciones que él establece a través de su Hijo Jesús, requiere una permanente renovación y recreación. No es algo dado de una vez para siempre, sino un don a descubrir, agradecer y actualizar. Es más, la experiencia de las propias limitaciones e incapacidades, así como las dificultades para la convivencia y la construcción común, nos invitan a buscar nuevos caminos y a optar por la fraternidad con mayor profundidad y amplitud.

El Papa Francisco nos anima a no cansarnos jamás de optar por la fraternidad. *Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno.* (EG 92).

¿Qué significa hoy optar por construir relaciones de fraternidad, como uno de los mayores signos de esperanza para este mundo y señal inequívoca del Reino de amor anunciado por Jesús? Me atrevo a señalar algunas disposiciones necesarias para ese alumbramiento:

- a) *Acoger el Amor que nos hermana.* Acoger la fraternidad como regalo venido de Dios y posibilidad de participar en su vida. Lo cual lleva consigo tejer un relaciones fraternas, basadas en la reciprocidad, en el perdón, en el don total de sí, según la amplitud y la profundidad del amor de Dios, ofrecido a la humanidad por Aquel que, crucificado y resucitado, atrae a todos a sí: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo les he amado, ámense también entre ustedes»

(Jn 13,34-35). Ésta es la buena noticia que reclama de cada uno de nosotros y nosotras un paso adelante, un ejercicio permanente de empatía, de escucha del sufrimiento y de la esperanza de las otras personas.²

b) *Construir fraternidad con una mirada amorosa y creativa*

Estamos llamados a contemplar a cada uno y cada una con la mirada amorosa y creativa de Dios. Él nos ha dado la capacidad de crear, de ayudar a las otras personas a renacer bajo nuestra mirada, confianza y amabilidad. El amor nace como un regalo de la contemplación y permite ver a las personas con otros ojos. De ahí que la mirada amable sea también creadora y creyente, porque no da a nadie por perdido o perdida.

Esa mirada amorosa tan característica de Dios es la misericordia, que lleva a asumir con ternura entrañable la debilidad de los demás.

c) *Crear que cada persona es un potencial hermano/a para mí*

La mayor riqueza que tenemos en los grupos, en las comunidades, son las personas. Cada una de ellas es valiosa y original, un don de Dios. Pero, además, la fe nos lleva a ver en cualquier otra persona un hermano/a a quien sostener y amar.

La fraternidad según la propuesta de Jesús rompe todos los límites y se hace universal, abierta, inclusiva, innovadora y creativa.

d) *Impulsar la cultura del encuentro y del diálogo*

Hoy en día es fundamental para abrir nuevos caminos de justicia, igualdad y convivencia pacífica, asumir la cultura del diálogo; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio.

Sólo el diálogo, la comprensión, la difusión de la cultura de la tolerancia, de la aceptación de los demás y de la convivencia entre los seres humanos, reducirá muchos problemas económicos, sociales, políticos y ambientales que asedian a la humanidad.

Hemos de impulsar el encuentro y trabajar juntas personas de distintos credos, razas, procedencias, para generar una cultura de respeto recíproco, en la comprensión del inmenso regalo de Dios que hace hermanos y hermanas a todos los seres humanos.

Reconociendo el gran don de la fraternidad que Dios quiere para nuestro mundo, agradezcamos lo recibido y abrámonos a seguir descubriendo junto a otras y otros este inmenso regalo.

Un saludo fraterno
Fermín Marrodán

² Francisco, en la Jornada mundial por la paz, 2014

SUGERENCIAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMPARTIDA:

1. Sería muy bueno recordar la experiencia de fraternidad que se nos ha regalado. Dar gracias por ese don que nos ha formado como personas creyentes y fraternas.
2. ¿Qué es lo que más nos estimula y mueve a vivir la fraternidad que Jesús quiere?
3. ¿En qué aspecto de la fraternidad nos sentimos llamados a crecer?

